Rayos de sol en el camino

Esther Lucena

Relato de un viaje misionero al campo trans-cultural cerrado: Testimonio

El barco se desliza suavemente sobre las aguas turquesa del Mediterráneo, al ritmo ensordecedor de muchas voces e idiomas. Mujeres con largas túnicas y pañuelos coloridos menean la cabeza, sin disimulo, observando la indumentaria moderna de los turistas que, indiferentes, consultan sus mapas y guías turísticas. Con mi ropa que no es moderna ni conservadora, sin ningún idioma en común con los viajeros, sin mapa y sin guía turística, estoy en el mismo barco, rumbo al mismo país.

Me siento invadida por un profundo deseo de aprender nuevos idiomas, de descubrir 'la mejor forma de vestirme', de conocer personas y ahondar vínculos, de descubrir la belleza de sus tierras y la profundidad de sus almas. ¿Leer un mapa? ¡Ni pensarlo! Sería pedirle demasiado a una *nordestina*[1] campesina cuyos puntos de referencia fueron por mucho tiempo el *pé de juanzeiro*[2], el portón azul, el corral de alambre...

Llevo una mochila pesada pero *intento mantener el corazón ligero*: la emoción de ir a un país soñado, incrustado en el Norte de África, de enfrentar lo nuevo, lo desconocido. La voluntad de llegar hasta aquí viene de tiempo atrás. Nació con el deseo de obedecer a Dios y de seguirlo con fe. *Llama* ardiente a la que damos el nombre de vocación o *llama*-do.

Llegamos al puerto. Unas pocas horas de viaje y ya estamos en otro país. Los empujones, el barullo.

Biografía autor

Traductor: nombre

© 2007 Misiopedia de la edición española (portuguesa)

1 Oriunda de la región del nordeste de Brasil (n. del trad.).
2 Árbol típico de esa región, que también da nombre a un municipio (n. del trad.).

Miro hacia mi compañera de viaje e intento mostrar una actitud de confianza, pero, la verdad es que no sé hacia que lado ir; lo mejor será seguir a la multitud.

Según nuestros cálculos, el tren saldrá en pocos minutos. Apresuramos el paso, intentando al mismo tiempo equilibrar el peso de las mochilas y del miedo. Por poco perdemos el tren; torpemente, nos sentamos, mirando desconfiadas a los demás viajeros. Ellos nos reciben con sonrisas y palabras que parecen ser de bienvenida. A pesar de la tentación de responder con sonrisas, continuamos serias y discretas, pues nos habían aconsejado ser prudentes y muy cuidadosas. Obedecimos el consejo durante una media hora, hasta que el hambre apretó y no tuvimos otra opción que aceptar los bocadillos y frutas que nos ofrecían con insistencia. De verdad, como dice el proverbio, "a buen entendedor, pocas palabras bastan", descubrimos que, para un hambriento, no hay necesidad de palabras. Y es así como, lo extraño se vuelve conocido y se cuestionan las reglas.

A través de la ventana, el paisaje es deslumbrante: flores amarillas y violetas se mezclan en la margen del camino mientras hileras interminables de olivos exhiben su fuerza y sencillez. Niños, mujeres y hombres vuelven a sus casas, vestidos de ropas coloridas y exóticas (para mi). Quedo fascinada ante tanta belleza. Intento concentrarme, leer mi cuaderno de notas, recordar lecciones aprendidas, mientras que la fascinante vista distrae mi atención. Decido recibir la belleza del momento como un regalo de Dios, como la colorida bienvenida de una tierra a la que amo desde hace mucho tiempo.

De nuevo me siento invadida por la emoción, por la alegría de estar en este país. Las lágrimas traicionan mi intento de discreción y se deslizan abundantemente, lágrimas de felicidad, de realización, de sorpresa. Reconocimiento y gratitud se mezclan ante la fuerza de las promesas de Dios.

El viento del Espíritu sopla en este tren, en estas tierras, en estas casas. Viento que no se limita a nuestras recetas y no se deja atrapar por nuestras instituciones. Viento que mueve mis pensamientos, aleja mis miedos y calma mi corazón. ¡Viento libre que sopla donde quiere!

Las horas pasan lentamente: una palabra aquí, un gesto allí, algo en inglés, algo más en francés, *alguito* en español... Ni un soplo en mi lengua materna. Intento minimizar mi ignorancia, reírme de mi situación. Anotaciones, palabras nuevas, sonidos impronunciables. Comenzamos nuestra primera clase de idioma en ese vagón. Para ser sincera, ya me siento rechazada, condenada al fracaso. Tengo una sensación de impotencia y frustración. En momentos como éste, la certeza de la vocación, fortalecida por el cariño de hermanos, agencias y grupos de apoyo, nos ayuda a recuperar el ánimo y a seguir caminando.

El largo camino, el balanceo del tren, los sonidos que se mezclan, la vista nublada y el cansancio vencen al deseo de aprender. Dormimos. El sueño es inquieto, con constantes miradas al reloj para no perdernos la hora de la llegada. Finalmente, ¡llegamos! Alguien nos espera con una sonrisa grande y simpática; caminamos hasta el taxi y

allí asistimos a una aparatosa discusión entre nuestro anfitrión y el conductor. Por el tono de voz, parece que la lucha es feroz pero terminan abrazándose e intercambiando un caluroso apretón de manos: fin de la negociación, precio aceptado. Supongo que la discusión forma parte del ritual de la negociación de precios, típico de la cultura local; registramos el hecho en nuestros cuadernos de notas. Nos sentimos menos ignorantes al entender tal comportamiento. Agradecida, recuerdo a los profesores que con tanta dedicación contribuyeron a nuestra formación confirmando el propósito de Dios para nosotras.

Primer día en el país: los altavoces convocan a la oración, músicas fuerte e incomprensible llenan nuestros oídos, las calles repletas de gente, la medina serpenteada por callejuelas misteriosas. Los niños de sonrisas amplias y ojos grandes pueblan las calles, mujeres con *chilabas*, pañuelos, joyas e historias despiertan nuestra curiosidad y deseo de compartir.

Las primeras impresiones marcan profundamente; provocan en mí sentimientos encontrados: me desarma, me incomoda, me alienta.

El mercado está repleto de pequeños *hanuts*, donde se vende casi de todo. Los vendedores insisten en comunicarse en todos los idiomas, incluso en el mío. Los mostradores, con una infinidad de verduras y frutas, compiten con montañas de aceitunas. Curvas sinuosas de panes de diversos sabores se mezclan con colinas coloridas de especias exóticas que desprenden un perfume delicioso y llamativo.

Ese descubrimiento de colores y sabores despierta el deseo de comunicar, de entender rituales y costumbres, de encontrar el camino en el laberinto de calles estrechas, de regatear los precios, de intercambiar experiencias, de tejer vínculos y construir amistades, de compartir sueños e historias. Por encima de todo, un fuerte deseo de permitir que la Palabra de Dios brote en encuentros profundos y significativos.

Las primeras impresiones marcan profundamente, amenazan teorías y conocimientos cristalizados. La manera en que la gente mira, sonríe y me acogen provoca en mí sentimientos encontrados: me desarma, me incomoda, me alienta. Les encuentro sedientos de la gracia de Dios. Me enfrento a mi debilidad: no sé nada, no me puedo expresar, todo parece extraño. Me siento medio desorientada: ¿Será éste el primer choque transcultural o una sincera visión de mi realidad?

La palabra de Dios consuela, el ejemplo de Jesús desafía: “Siendo Dios […] se despojó a si mismo” Y nosotros ¿quién somos en este nuevo contexto? ¿Un nuevo tipo de *colonizador*? ¿Un profesor pretencioso con su manual de instrucciones o un discípulo en el camino, preparado para despojarse para que la gente vea a Jesús en la sencillez de unos vasos de barro? La elección no es tan evidente como parece; requiere humildad, oración y apoyo de personas que se atreven a desafiarnos, a enseñarnos y a cuestionarnos con amor.

El alma del obrero parece vivir de dudas, de esperanza, de sueños. Como el alma del agricultor, se arriesga con la semilla y espera la lluvia; pone la mano en el arado y no mira hacia atrás. Alma que vive por la fe y reinventa un nuevo movimiento al ritmo de la vocación y del llamado. Alma que lucha para no desfallecer, incluso cuando la cosecha

se retrasa o no llega; incluso cuando tiene que transformarse en grano y morir para no quedar sola.

Segundo día, tercer día, décimo día, otro día más. Lo aprendido, los desafíos, las meteduras de pata, la culpa, el orgullo, el miedo. Parece que allí, cuando la cultura no se refleja, nos vemos feos y topes. Parece que la mente empieza a rechazar lo que no está acostumbrada a vivir y a controlar. La primera reacción puede ser la de esconderse, buscar un *puerto*, comprar pasajes para alguna *Társis*, inventar un gueto – estrategias, reglas, recetas, murallas, todo para protegernos, para desviarnos de la profundidad de los vínculos.

La Palabra viene a nuestro auxilio: *El Verbo se hizo carne*. El deseo de servir, de amar, de permitir que Cristo se revele más allá de lo que somos y de lo que podemos hacer. Entonces, nuestro testimonio es silencio que debe manifestar la ternura de Cristo, silencio que, la mayoría de las veces, incomoda y debilita, porque estamos acostumbrados a mucho ruido.

Compañeros más experimentados nos socorren con historias graciosas, amistad sincera, paciencia, oración, un versículo, unos calcetines de lana, un pastel de zanahoria, una poesía. ¡Me acuerdo tanto de ellos! Aquellos a quienes el tiempo o el cansancio, o la falta de recursos no consiguieron robar la sonrisa ni apagar la llama. Aquellos que supieron crear vínculos, pedir socorro y arriesgarse en los brazos amigos sin miedo a demostrar flaqueza, a ser juzgados como menos espirituales. Aquellos que no quisieron esconderse tras una espiritualidad vacía.

Tantas "Fátimas" de esta tierra que despiertan en mí el recuerdo de las "Marías" de mi país, muchas veces sin voz, sin risa, sin amor.

Nos enfrentamos al desafío de ser honestos con nosotros mismos, de que nuestro carácter sea forjado a la medida del carácter de Cristo, de construir una teología de las misiones que considere lo humano y se afirme profundamente en la gracia de Dios, que no celebre heroísmos ni anime a la victimización.

Las curvas de la *medina*, el calor del *hamam*, el olor del jazmín, el sabor del té de hierbabuena, los rituales, los diseños de *henna* en las manos de mujeres hermosas y misteriosas; Otras sufridas, algunas eternamente escondidas tras un fogón, tras un velo, tras una tristeza. Tantas "Fátimas" de esta tierra que despiertan en mí el recuerdo de las "Marías" de mi país, muchas veces sin voz, sin risa, sin amor. ¿No despiertan ellas en mí mis propios dolores y temores? ¿Acaso estamos todos los obreros completamente saludables y sin traumas? Negar nuestra humanidad ¿no será una forma de empujarnos hacia una farsa y hacernos vulnerables a la trampa del orgullo y del engaño? ¿Cómo escapar a esa tentación y redescubrir nuestra vocación de siervos, de instrumentos de paz y de reconciliación? ¿Cómo caminar silenciosos en el anonimato de estas calles, de estas *medinas*, de estos desiertos y oasis conscientes de nuestro carácter provisional y seguros de que la última palabra no está en nosotros, sino radica en la gloria de nuestro Dios?

¿Acaso no atentamos contra nuestra salud cuando negamos nuestra humanidad y cuando, en el afán de ganar al mundo, perdemos el alma? ¿Acaso no somos tentados a esconder nuestra humanidad y a no revelar nuestra fragilidad? Preguntas y vulnerabilidad se mezclan para

evidenciar la grandeza del amor y de la gracia de Dios, que nos encuentra en los enredados caminos de la *medina* y de nuestros conflictos.

Este encuentro con el Dios de la gracia nos ofrece la oportunidad de crecer en integridad y salud. Y, en ese caminar de servicio y relaciones, disfrutamos del privilegio de participar de la existencia de Dios en el mundo. Sin embargo, ¿cómo restaurar la misión de Cristo y el modelo de servicio humilde, sencillo y despojado que nos libera de las marcas dañinas de la religión desencarnada y de las relaciones de poder? ¿Cómo impedir que la misión se convierta en enemiga del Evangelio y, por lo tanto, de nuestra salud? ¿Cómo no dejarnos esclavizar por la seducción del éxito? Al fin y al cabo, ¿no están muchas de nuestras preocupaciones enraizadas en un "modelo religioso" sediento de estadísticas? ¿No está nuestra frustración anclada en el mar de nuestro deseo de cumplir expectativas y de obtener resultados? Preguntas y más preguntas. Alabamos a Dios por el valioso esfuerzo realizado por agencias y distintos grupos para entender la complejidad en la que vive la misión y para descubrir su carácter humilde y sencillo por medio del cual el obrero, también humano sin duda, expresa la belleza del amor y de la gracia divina.

Privilegio de servir, de saborear la acción de Dios; hermosa paradoja en la que el débil se vuelve fuerte, lo que no es cobra sentido, el pobre lleva un tesoro y lo que no tiene importancia se convierte en significativo. La alegría de redescubrir en los caminos de nuestro ser la vocación de siervo, de hermano del Cuerpo encarnado.

Reencontrar el sentido del Cuerpo, de la comunidad, y asumir nuestra necesidad de liberación y sanidad. Caminar hacia el otro sin miedo a revelar nuestras flaquezas y mostrar nuestras limitaciones. Es un aprendizaje constante que nos confronta y desafía, sobre todo, cuando nos sentimos ridículos y ridiculizados, frágiles y debilitados, cuando nos olvidamos de identificarnos con el despojarse de Cristo.

Nuestra preparación teológica tiene su valor pero no responde a todas las preguntas. Sólo el carácter de Cristo formado en nosotros puede capacitarnos para ser pacientes cuando la lengua se traba, incapaz de pronunciar ciertos fonemas. Sólo las oraciones balbuceadas en medio de las lágrimas pueden socorrernos cuando nos sentimos ridículos y desorientados; sólo el apoyo del cuerpo de Cristo puede animarnos cuando nos sentimos rechazados y completamente perdidos; sólo el amor de Dios puede consolarnos cuando el fruto no llega, la higuera no florece y no hay ovejas en el campo.

Ahí es donde surgen nuevos aprendizajes: la lengua se desbloquea, el milagro ocurre, comenzamos a tejer hilos de palabras y nos hacemos entender. El alma lo celebra y las frases fluyen, pero comunicar va más allá que hablar, que decodificar códigos y símbolos; hablar tiene que ver con el corazón, con el alma. Para compartir la profundidad y la sencillez del amor de Dios, la palabra desnuda no basta; necesita vestirse del amor, encarnarse en el encuentro, en la entrega, en el compartir la mesa donde el pan roto revela el rostro de Cristo.

Como ocurre con el fogón de leña, la misión necesita resistir la atracción de los nuevos inventos, no tomar atajos, no aliviar el dolor, no huir del sufrimiento, pero sobretodo, no esquivar la cruz. El sabor especial de la comida requiere la paciencia de la olla de barro que se deja ennegrecer por el fuego. La misión también requiere la marca del hollín; paciente, necesita dejarse quemar por el fuego del Espíritu.

En ese fogón de leña, como ollas de barro, se nos invita a servir, a aprender a ser pacientes, a enfrentar y vencer los desafíos de respetar diferentes puntos de vista, de aceptar opiniones contrarias a las nuestras, de no permitir que lo superfluo llegue a ser lo más importante. Se nos invita a tener la madurez de convivir con el colega que tiene otra formación, otra comprensión de la contextualización, que come de forma diferente. Se nos invita a tener brazos y corazones abiertos para aceptar la diversidad del Cuerpo.

Mis anotaciones en hojas hoy amarillentas me hacen recordar la batalla que se libra en el propio Cuerpo, en la comunidad de la fe. El desafío constante de no permitir que las diferencias amenacen la unidad, la belleza del encuentro y el privilegio de compartir. Batallas que se libran sin descanso en lo más recóndito de nuestro ser; miedos e inseguridad que, disfrazados de un pretencioso saber, nos hacen tropezar en nuestras propias inconsistencias. Sin comprenderlo, sentimos la necesidad extrema de depender de Dios, de permitir que el corazón se caliente con los rayos de su amor.

Estrés, cansancio, soledad, alegría, celebración, fe... El misionero no es ni héroe ni víctima, es siervo.

Son rayos que llenan el camino de luz y de colores, que alejan la oscuridad y nos ayudan a entender que la misión es Misión de Dios, que no necesitamos encorvarnos bajo el peso de la exigencia de hacer, bajo la tiranía de los números, bajo la tortura del éxito. La misión es ligera: *Missio Dei*; es una hoja llevada por *las alas del viento y del fluir de la gracia*. Gracia que se muestra en el abrazo acogedor de tantos hermanos, en la sorprendente belleza del Cuerpo de Cristo, en las oraciones de los que se han comprometido a apoyarnos, a amarnos, a orar por nosotros, a llorar y reír con nosotros. Gracia que es suave bálsamo de cuidado y afecto que nos llena de esperanza y ánimo para proseguir con fe en Aquél que nos llamó para servir en contextos que nos desafían, y muchas veces amedrentan y amenazan; en lugares de gente preciosa pero, a menudo, marcados por la persecución y la opresión espiritual. Y, en ese caminar de cada día, es fundamental no dejarse apresar por el miedo, no dejarse guiar por prejuicios. Asimismo, es imprescindible aprender a ser prudente, discreto, coherente, osado, pero sobretodo, a abrir el corazón para amar, y amar sin reservas, sin hacer cálculos.

Contar, sí, con el apoyo de la comunidad, del equipo y de los hermanos que nos acompañan fielmente, y si algunas o muchas veces nos sentimos abandonados, incomprendidos, juzgados o simplemente convertidos en una máquina de trabajar, intentar no llevar la cuenta de esas cosas en el corazón. Es mucho mejor contar estrellas, si pudiéramos contarlas; contar bendiciones, si pudiéramos contarlas; contar la historia del amor de Dios. Ofrecer de nuevo nuestras vidas para que Él nos mantenga saludables y permita que el tesoro de su amor se revele a través de hermosos vasos de barro.

Estrés, cansancio, soledad, alegría, celebración, fe... El misionero no es ni héroe ni víctima, es siervo. Servir en el anonimato puede no ser fácil, sin embargo, conviene recordar que los desiertos siempre esconden un oasis en algún lugar. Celebremos pues el saltar del agua y el fluir de la gracia maravillosa de Dios que nunca nos abandona, y que nos enseña a no abandonar, sino a acompañar con fidelidad, cuidándonos unos de otros por todos los flancos ¡a dónde el Espíritu nos quiera llevar!

¡Sólo a Él la gloria por los siglos de los siglos!